

Introducción

En la órbita del Sr. Mortenson

La pequeña luz roja llevaba parpadeado unos cinco minutos cuando Bhangoo le prestó atención. El General de Brigada Bhangoo, uno de los pilotos pakistaníes de helicóptero con más experiencia en alta montaña, le dio unos golpecitos con el dedo al indicador de combustible. “El instrumental de estos viejos aparatos no es del todo fiable”, dijo. No estoy muy seguro de si pensó que eso me tranquilizaría.

Me acerque a Bhangoo para mirar por la destartada ventanilla del helicóptero, un Alouette utilizado durante la guerra de Vietnam. A dos mil pies por debajo de nosotros, un río se retorció rodeado de rocosos despeñaderos que sobresalían a ambos lados del Valle de Hunza. A la altura de nuestros ojos se veían verdes glaciares, brillando bajo un sol tropical. Bhangoo se mantenía imperturbable, tirando las cenizas de su cigarrillo por una ventana en la que había pegada una pegatina que decía: “No fumar”.

Desde la parte trasera del helicóptero, Greg Mortenson alargó su brazo para dar unos golpes en el hombro de Bhangoo y, gritando para hacerse oír por encima del ruido del motor, dijo: “Señor, creo que vamos en una dirección equivocada”.

El General Bhangoo había sido el piloto personal del Presidente Musharraf antes de retirarse y aceptar un puesto en la aviación civil. Había cumplido ya los sesenta años. Tenía el pelo cano y un bigote muy bien recortado y cuidado, como su acento inglés, herencia, seguramente, de su educación en una escuela colonial Británica en la que también estudiaron Musharraf y algunos de los futuros líderes de Pakistán.

El General lanzó el cigarrillo por la ventana y expulsó el humo. A continuación comparó la unidad de GPS que tenía sobre sus rodillas con el mapa que Mortenson había doblado por donde pensaba que realmente nos encontrábamos.

“Llevo sobrevolando la zona norte de Pakistán más de cuarenta años”, nos dijo sacudiendo la cabeza. “¿Cómo es posible que conozca el terreno mejor que yo?” Dio la vuelta al aparato y regresamos por el mismo camino por donde habíamos venido.

La luz roja, que antes tanto me preocupaba, empezó a parpadear más deprisa. La aguja indicaba que nos quedaban menos de cien litros de combustible. Esa zona del norte de Pakistán es tan inaccesible y remota que se necesita que alguien de confianza coloque barriles de combustible en puntos estratégicos a los que sólo se puede llegar con un todoterreno. Si no conseguíamos llegar a uno de esos puntos estábamos en un aprieto ya que la zona que sobrevolábamos no tenía áreas suficientemente niveladas como para hacer aterrizar el Alouette. Bhangoo ascendió para tener la opción de autorrotar (el equivalente a planear para una avioneta) en caso de que nos quedáramos sin combustible y aceleró hasta alcanzar los noventa nudos. Justo cuando el indicador empezaba a pitar avisando de que el depósito estaba vacío, consiguió posar el helicóptero sobre una gran H dibujada con pintura blanca en una roca. Junto al improvisado helipuerto había unos cuantos barriles de combustible.

Mientras se encendía otro cigarro Bhangoo comentó: “Ha sido un paseo encantador, pero de no ser por Mortenson, podría haberse estropeado”.

Una vez lleno el depósito, retomamos nuestro camino sobre el valle de Braldu hacia la aldea

de Korphe, la última población humana antes de que el glaciar Baltoro comience su ascensión hacia el K2 y hacia la mayor concentración del mundo de picos superiores a los seis mil metros de altitud.

Tras un fallido intento de escalar el K2 en 1993, Mortenson había llegado a Korphe, demacrado y exhausto. En esa pobre aldea de cabañas de barro y piedra, la vida de Mortenson y la de los niños del norte de Pakistán cambiaron de rumbo. Una noche, un montañero que había perdido su ruta se dormía junto a una pequeña hoguera hecha con excrementos de Yak y una mañana, en el tiempo que se tarda en atarse las botas y compartir una taza de té, se convertía en un filántropo con un nuevo camino que seguir durante el resto de su vida.

Al llegar a Korphe, el General Bhangoo y yo fuimos recibidos con los brazos abiertos, comida fresca e incontables tazas de té. Ninguno de los dos pudimos evitar emocionarnos mientras escuchábamos a los niños de la Sia de Korphe, una de las comunidades más pobres del mundo, hablar sobre cómo sus sueños y esperanzas de futuro se habían multiplicado desde que el gran americano llegara allí, hacía ya una década, para construir la primera escuela.

“Sabes”, me dijo el General, “volando con el Presidente Musharraf, he estado con muchos líderes mundiales, muchos hombres y mujeres sobresalientes. Pero creo que Greg Mortenson es la persona más extraordinaria que he conocido jamás”.

Cualquiera que haya tenido el privilegio de observar a Greg Mortenson trabajar en Pakistán, no puede más que sorprenderse del conocimiento, casi enciclopédico, que ha ido acumulando a lo largo de los años sobre esta remota región. Son muchos los que acaban, casi en contra de su voluntad, arrastrados hasta su órbita. En la última década, desde que una serie de accidentes le transformaran de montañero a humanitario, Mortenson ha conseguido reunir uno de los equipos más eficientes, aunque probablemente menos cualificados, de entre todas las organizaciones de ayuda internacional.

Porteadores del Karakórum pakistaní que, sin formación previa, han dejado sus trabajos y se han unido a él por unos salarios mínimos, motivados por la idea de que sus hijos puedan disfrutar de una educación que a ellos les fue negada. Un taxista que por casualidad recogió a Mortenson en el aeropuerto de Islamabad y que acabó vendiendo su coche para convertirse en su fiel ayudante. Talibanes que, tras conocer a Mortenson, renunciaron a la violencia y a sus opresivas ideas hacia las mujeres y que ahora trabajan pacíficamente en la construcción de escuelas para las niñas de la zona.

Ha ido reclutando voluntarios y admiradores de entre todos los estratos de la sociedad pakistaní y de entre las más conflictivas sectas del Islam.

Lógicamente, hasta los periodistas más objetivos corren el riesgo de ser arrastrados a su órbita. He acompañado a Mortenson por el norte de Pakistán en tres ocasiones, volando hasta los más remotos valles del Himalaya, el Karakórum y el Hindu Kush en helicópteros que estarían mejor en un museo. Cuanto más tiempo he pasado viendo cómo trabaja, más me he convencido de estar ante alguien extraordinario.

Todo lo que había escuchado con anterioridad sobre las aventuras de Mortenson construyendo colegios para niñas en las remotas áreas montañosas del norte de Pakistán, me parecía demasiado dramático para ser verdad. La historia que encontré, entre los cazadores de íbices de los altos valles del Karakórum, en los asentamientos nómadas de la frontera con Afganistán, en reuniones con la élite militar de Pakistán y entre incontables tazas de *paiyu cha* en habitaciones tan llenas de humo que a veces no veía ni mi cuaderno de notas, fue

muchísimo más increíble de lo que hubiera podido imaginar.

Llevo ya muchos años trabajando como periodista, investigando en la vida de otras personas y he conocido a muchos personajes públicos a los que les encanta hablar de sus logros. Pero en Korphe, y en todas aquellas aldeas pakistaníes donde fui recibido con gran afecto y familiaridad porque otro americano había llegado antes para ayudar, he visto la historia de los últimos diez años de Greg Mortenson en toda su riqueza y complejidad y es algo que supera con creces lo que muchos de nosotros conseguiremos en toda una vida.

Esta es mi forma de decir que en esta historia yo no podía ser un mero observador. Cualquiera que visite con Mortenson alguno de los cincuenta y tres colegios creados por el Central Asian Institute se acaba convirtiendo en un firme defensor de su causa. Y después de pasar noches enteras reunidos en *jirgar* con los ancianos de las aldeas, debatiendo y proponiendo nuevos proyectos, o enseñándole a una emocionada clase de niñas de ocho años cómo utilizar el primer sacapuntas que alguien se ha molestado en regalarles, o impartiendo una improvisada clase en Inglés a un aula llena de atentos estudiantes, me resulta sencillamente imposible seguir siendo sólo un reportero.

Como Thomas Fowler aprendería al final de *'El americano impasible'* de Graham Green, algunas veces, para ser humano, hay que posicionarse. Yo elegí posicionarme al lado de Greg Mortenson. Y no porque sea un hombre carente de defectos. Su "fluido" sentido del tiempo me ha hecho casi imposible más de una vez determinar la secuencia de algunos acontecimientos (algo similar a lo que me ocurría al entrevistar a alguno de los nativos que trabajan con él y que tienen el mismo apego a una concepción lineal del tiempo que la persona a la que ellos llaman Doctor Greg).

Durante los dos años que hemos trabajado en este libro, Mortenson ha sido, con frecuencia, tan exasperantemente impuntual que, en más de una ocasión, me planteé abandonar el proyecto. Mucha gente, principalmente en América, han dejado de colaborar con Mortenson por esa misma razón. Pero me he dado cuenta de que, como suele decir la esposa de Mortenson, Tara Bishop, "Greg no es como nosotros". Él tiene su propio ritmo, consecuencia quizá de haber crecido en África y de pasar parte del año trabajando en Pakistán. Y sus métodos operativos: contratando gente sin experiencia basándose exclusivamente en su instinto o cerrando acuerdos con gente que no es de su agrado pero que puede ayudarle; aunque desconcertantes y poco convencionales, han conseguido mover montañas.

Para ser un hombre que ha conseguido tanto, Mortenson es increíblemente modesto. Cuando acepté escribir este libro, me dio una hoja en la que había impresos una docena de nombres. Era la lista de sus enemigos. "Habla con ellos", me dijo, "que digan lo que tenga que decir. Nosotros tenemos los resultados y eso es lo único que me importa".

He escuchado a cientos de amigos y enemigos de Mortenson y por seguridad he cambiado algunos, muy pocos, nombres y localizaciones.

Este libro ha sido un trabajo en equipo. Yo he escrito la historia. Greg Mortenson la ha vivido. Juntos hemos repasado miles de borradores, hemos revisado videos y documentos recopilados durante más de una década, hemos grabado horas y horas de entrevistas y hemos viajado para visitar *in situ* a los verdaderos protagonistas. Juntos le hemos dado vida a este libro.

Y, como he podido comprobar de primera mano en Pakistán, el Central Asian Institute de Mortenson ha conseguido increíbles resultados. En una parte del mundo en la que los americanos son, en el mejor de los casos, malentendidos y generalmente temidos y odiados,

este corpulento montañero de Montana, con su tranquila y suave forma de hablar, ha logrado lo inimaginable. Aunque nunca lo reconocerá, ha conseguido cambiar con sus propias manos la vida de miles de niños y ha logrado por si solo ganarse más cariño y comprensión que toda la propaganda americana diseminada por la región.

Así que esta introducción es también una confesión: no quiero simplemente contar la historia de este progreso. Quiero que Grez Mortenson triunfe en su misión. Le deseo éxito porque está luchando contra el Terror de la forma que yo creo que debe hacerse. Recorriendo con su destartalado Land Rover la llamada "autopista" del Karakórum y asumiendo un gran riesgo personal, está sembrando la tierra que ha visto nacer a los talibanes de escuelas. Mortenson le planta batalla a la verdadera causa del Terror cada vez que le da a un estudiante la posibilidad de recibir una educación equilibrada en lugar de estudiar en una *madrassa* extremista.

Si los americanos queremos aprender de nuestros errores, de la forma tan ineficaz que, como nación, hemos conducido la guerra contra el Terror después de los atentados del 11/S y del fracaso con el que hemos intentado hacer llegar nuestro mensaje a la inmensa mayoría de musulmanes moderados, tenemos que escuchar a Greg Mortenson. Yo lo he hecho y ha sido una de las experiencias más reveladoras de mi vida.

David Oliver Relin
Pórtland, Oregón